



La pandemia: la realidad, el hipertema y el 'impasse', dos meses después

Martín Alonso Zarza, sociólogo; Mercedes Boix Rovira, médica; Arancha García del Soto, psicóloga social, y Fernando Molina Aparicio, historiador.

A mediados de abril, publicamos un artículo que se ocupaba de la pandemia desde tres ángulos: cómo se piensa, cómo se trata informativa y socialmente y cómo se anticipa el día después. (<https://ctxt.es/es/20200401/Firmas/31906/Martin-Alonso-Mercedes-Boix--Arancha-Garcia-Fernando-Molina-coronavirus-pandemia-realidad-hipertema-impasse.htm>). Nos encarga Salud 2000 un resumen de aquel artículo. Importa decir que lo que resumiremos será más el espíritu que la letra. Por dos razones: en primer lugar, las preguntas que nos formulábamos otorgaban un lugar central a la mediación cognitiva, al procesamiento mental, un fenómeno muy sensible a las contingencias del contexto. En segundo lugar, entre los efectos secundarios de la pandemia figura la metamorfosis que se opera en la percepción del tiempo, con una combinación extraña entre parálisis –la sucesión monótona de los días, de las insoportables cifras, de las ruedas de prensa, de los ritos domésticos, de los aplausos– y una vertiginosa aceleración que amplifica la distancia entre los dos artículos.

El espíritu de nuestro escrito, que dimos a leer en distintos ámbitos para asegurarnos de su idoneidad, al menos de su no nocividad, tenía que ver con la forma de habérselas con

la desgracia, habida cuenta de que una aprehensión razonable contribuiría a aminorar la ansiedad y favorecer el sosiego; un aspecto este literalmente saludable en términos del componente psicosocial de la enfermedad. La pandemia tiene una imponente entidad en sí misma, pero la dimensión social, la manera en que es colectivamente percibida, es una parte inseparable de su condición primaria; en realidad ambas resultan inseparables. Por eso un acercamiento cabal debe partir de la constatación de su gravedad –porque de aquí deriva la justificación y la motivación para la profilaxis, frente a los diversos e irresponsables negacionismos–, multiplicada por su elusividad –no conocemos con precisión las formas de transmisión, las causas primarias o intermedias de la muerte, los contornos la sintomatología, la interacción entre la patología específica y otros cuadros, no existen tratamientos de probada eficacia, carecemos de una vacuna, no podemos aspirar a una medición precisa ni por tanto susceptible de homologar datos a nivel global, etc.– y la consiguiente perplejidad que generan los acontecimientos que se resisten a la comprensión.

La constatación de estas dificultades nos llevó a pensar que la historia social podía servir de ayuda. Los estudiosos han observado patrones de respuesta comunes, como la incredulidad al principio, el pánico luego y, con él, la desestructuración del marco social, las atribuciones irracionales, la proliferación de magos y recetas fantásticas, las reacciones

extravagantes –piénsese en el acaparamiento de papel higiénico de los primeros días, ya tan lejanos–, la búsqueda de chivos expiatorios, o su contrapartida: el narcisismo paranoico que atribuye competencia a los ideológicamente afines para resolver lo que los cargos públicos no logran, etc.

Puede servir de ejemplo de las afinidades la crónica que de la peste de Atenas hizo Tucídides hace 2430 años: “Los médicos eran impotentes pues ignoraban al principio la naturaleza de la enfermedad; además, su contacto con los enfermos les hizo presa fácil. Toda la ciencia humana se reveló ineficaz. [...] La enfermedad, imposible de describir, atacaba con una violencia que desconcertaba a la naturaleza humana. [...] Sin entrar [tras describir sus manifestaciones primarias] en muchos otros aspectos secundarios de la enfermedad, según el temperamento de cada enfermo. [...] La muerte llegaba bien por falta de cuidado, bien a pesar de los cuidados prodigados. Ningún remedio mostró una eficacia general, pues lo que parecía aliviar a unos resultaba perjudicial para otros. Ningún temperamento, débil o robusto, resistió al mal. [...] La forma habitual de proceder en los entierros se vieron alteradas. Se enterraba como se podía. [...] A la vez, el placer y todos los medios de conseguirlo se convirtieron en prioridad”. Tucídides añade un dato congruente con nuestro enfoque: la gente interpretaba el mal en función de sus conocimientos, de sus recuerdos, y aprovechó un viejo dicho para atribuir la culpa de la peste a los Lacedemonios que acababan de invadir Atenas, con lo que la enfermedad se sumaba a la ocupación.

Reflexionábamos luego sobre el tratamiento mediático; hablamos de la pandemia como hipertema para dar cuenta de su omnipresencia. Adquirió así la forma de un fenómeno social total; envolvía de tal manera la atmósfera que configuraba un universo nosológico global, envolvente. Hoy esto ha cambiado y en buena medida no para bien. Hemos pasado del hipertema al paratema, violentando tanto las premisas de realismo referidas a la enfermedad como el compromiso de salubridad de la esfera pública. Decíamos entonces que la hiperexposición cotidiana tenía un alto coste psicológico. Entendemos hoy que el enrolamiento de la pandemia en la batalla política ha desplazado el foco de la atención del virus al fango, del tema al ruido, del debate al vitriolo. De modo que no importan tanto las propuestas en sí sino de quién proceden en cuanto dan la oportunidad de ser utilizadas como arma arrojada. En el orden de las preocupaciones de una parte de la sociedad – que no quiere participar en una batalla partidaria sino cuidar-

se y cuidar, buscar estrategias cooperativas de apoyo mutuo para hacer más livianas las cargas de las personas impactadas por la crisis económica agudizada hoy por el impacto de la pandemia, reconocer el trabajo de los profesionales, reforzar el sistema público de salud, aprender del sentimiento de vulnerabilidad para favorecer comunicaciones que apoyen y alivien, en vez de irritar y difundir el odio–, la electricidad que envenena la atmósfera no solo impide cuajar la colaboración necesaria para enfrentar el desafío sino que genere una nueva categoría de problemas

que desplaza al fundamental: es una frivolidad con un coste incalculable en términos de credibilidad institucional.

De modo que el ‘impasse’ al que nos referíamos entonces – las incógnitas sobre la forma en que se expresarán las consecuencias de la pandemia dentro de un esquema de dureza–, se agrava ahora con las que derivan de incalificable gestión política, que aumenta la desafección ciudadana y favorece a los populistas de río revuelto, con sus recetas mágicas y sus ensalmos mesiánicos. Un diagnóstico ajustado de la situación por una ciudadanía responsable debería conducir en la dirección de reforzar nuestro andamiaje democrático y reconstruir un estado social integrador que sacara las lecciones correspondientes de la antropología de la vulnerabilidad precisamente para estar en las condiciones más idóneas para abordar los tiempos duros que nos esperan. Pero no cabe excluir el riesgo de que la inestabilidad social sea aprovechada para alimentar los demonios interiores que tanto daño han hecho a España y a la humanidad. Hablábamos de determinantes sociales; tenemos que añadir ahora, para mal, los políticos. Confiando en que puedan ser reconducidos. La mala pelea política se confabula con la frivolidad de alguna gente que confunde el fin del confinamiento con la vuelta a las formas de sociabilidad de antes. La letalidad persistente, las recomendaciones insistentes de los sanitarios que han visto la cara de la Gorgona, no son compatibles con la desentortijada de unas actitudes no excepcionales. La pandemia da para lo peor y para lo mejor, en muchos sentidos. Aquí para los dos extremos igualmente negativos, la ansiedad que evocábamos entonces y la desentortijada que se muestra ahora de forma peligrosa. Y del lado público, para un empeño compartido que trascienda las lindes ideológicas o para un tribalismo sectario y que alienta las bajas pasiones e impide cualquier proyecto serio de salida en común, que es la única salida a la medida de la escala de este desafío que implica al conjunto de la ciudadanía. ◆

La incalificable gestión política aumenta la desafección ciudadana y favorece a los populistas